



www.eva.mercadosm.com

LA FIESTA DE LAS AMAS

Ama Susi ha decidido dar una fiesta en su residencia de las afueras de la ciudad. Dado que esta suprema señora no dispone todavía de un rebaño de esclavos lo bastante numeroso –aparte de su criada transexual forzosa-, su amiga y mentora, el Ama Eva, le ha prestado varios esclavos de sus abarrotados calabozos para que la fiesta de las Amas sea un éxito.

Los preparativos son concienzudos. Ama Eva selecciona cinco esclavos y dos esclavas para la servidumbre de la fiesta, a la que van a asistir numerosas Amas con sus propios esclavos personales. Horas antes de partir los siervos de Eva deben vestirse para el evento de acuerdo a las directrices de su Dueña. Todos llevan monos integrales de látex negro, muy ceñidos y brillantes. La única diferencia entre ellos y ellas es que el mono de las mujeres deja las tetas y el coño al aire. Los esclavos macho van totalmente sellados en látex, aunque hay acceso a sus anos y sus pollas si fuera necesario. Sobre este atuendo básico les embuten máscaras de cuero negro con apertura para ojos y boca, si bien todos llevan gruesas mordazas de bola, rojas las esclavas, negras los perros, como si fueran bozales. Las dos chicas son obligadas además a ceñirse unos apretados corsés de cuero negro, complemento del que no disfrutaban los machos. Las dos mujeres van maquilladas con profusión. A través de la máscara se ven sus ojos sombreados en negro, el mismo color con el que les han pintado sus labios de chupapollas. Estas diferencias indican a las claras que unos y otras van a recibir diferente uso en casa de Ama Susi. Tanto esclavos como esclavas completan el uniforme con largos guantes de cuero negro y botas de tacón alto, del mismo color, hasta la rodilla, ajustadas con cremalleras y aseguradas con gruesos candados.

De esta guisa los siete siervos quedan preparados para el transporte: esposas en pies y manos, y unidos en cuerda por una larga cadena que conecta sus cuellos. Así vestidos y atados, los siete son cargados en el furgón de transporte de Ama Eva y, en la oscuridad de la trasera del vehículo, no tienen más opción que aguardar su destino.

La esclava-conductora, que se ha encargado de colocar la carga semihumana, espera en posición de firmes, espléndida en su uniforme de cuero negro, la llegada de su Dueña.

Ama Eva está espectacular y guapísima. Lleva un vestido de látex negro largo, con escote palabra de honor, corsé de cuero y guantes largos a juego. La falda del vestido tiene una raja en toda su longitud, lo que deja ver las piernas del Ama enfundadas en medias negras con ligeros, los pies dentro de unas sandalias abiertas, anudadas al tobillo y con tacones de quince centímetros. La Reina de este imperio de depravación se ha puesto un antifaz de cuero negro que deja entrever su rostro perfectamente maquillado. Llaman la atención, como siempre, sus jugosos labios pintados de un intenso color rojo oscuro, tono que le da un aspecto más cruel. La melena negra le cae por los hombros, que lleva descubiertos.

-En marcha, esclava –ordena secamente a la conductora, dándole un golpe en el culo con la fusta.

El viaje hasta casa de Ama Susi transcurre sin incidencias. Ama Eva conversa con su esclava conductora mientras observa a través de la pantalla de circuito cerrado el sufrimiento de los siete esclavos hacinados y encadenados apenas unos centímetros detrás de ella.

Ama Susi en persona sale a recibirles. Es una mujer extraordinaria, y se ha puesto especialmente guapa para la ocasión. Lo que más llama la atención son sus piernas, ceñidas por una estrecha falda de tubo en cuero negro y unas botas puntiagudas que le cubren hasta la rodilla. Sólo esto bastaría para darle un aspecto de lo más dominante, pero completa su atuendo con un top de cuero que le levanta sus estupendas tetas hasta la garganta, una torera a juego, de manga corta, y guantes de cuero negro hasta el codo. Lleva un brazalete de plata con una serpiente en el brazo derecho, regalo de su amiga Eva, nuestra Dueña.

Y digo «nuestra», porque yo soy uno de los esclavos que viaja, incómodamente encerrado, en el siniestro furgón. Es la propia Ama Susi la que nos saca del vehículo a tirones, colocando una correa en mi cuello, ya que soy el primer esclavo de la cuerda.

-Vamos, panda de inútiles. Si me hacéis enfadar será peor. Recordad que va a haber media docena de Amas para castigaros esta noche. Si yo estuviera en vuestro lugar, me portaría bien –dice Susi sonriendo como una pantera-.

A empujones entramos en el interior de la casa, donde se nos informa de nuestro destino.

-Muy bien –nos alecciona el Ama Susi-: vosotras dos, putillas, os encargaréis de servir a las invitadas. Estáis a cargo de mi criada. Pero no os confundáis: es tan esclava como vosotras. En cuanto a vosotros cinco, seréis el mobiliario de la fiesta. Eva os ha escogido por vuestra capacidad para soportar inmovilizaciones prolongadas. Espero que sea verdad, por vuestro bien: os vamos a atar a conciencia en posiciones estáticas e incómodas, y vais a permanecer así durante toda la noche.

-Y os advierto –apostilla el Ama Eva- que cualquier queja sólo servirá para producirnos más dolor e incomodidad. Y ahora, manos a la obra. Vosotras, a la cocina. Vosotros, seguidme.

Las dos esclavas son separadas mientras mis compañeros de infortunio y yo nos vemos empujados hacia un rincón de la sala. Frente a una pared larga, sin muebles, el único adorno lo constituyen un par de kilos de arroz que alguien ha esparcido por el suelo.

-Arrodillaos ahí –nos ordena el Ama Susi-. ¿No diréis que no me preocupo por vosotros? Estaréis muy quietecitos, sin moveros, mientras os vamos preparando para que os lo paséis muy bien en la fiesta. No hace falta que me deis las gracias: para mí es un placer.

El dolor en las rodillas es inmediato y lacerante, sobre todo porque con las manos y pies atados no podemos movernos demasiado. Además, los granos de arroz se pegan malignamente al látex y se clavan sin piedad en las rodillas. Es una agonía. Para mi desgracia, las Amas comienzan la distribución del mobiliario humano empezando por el esclavo que se encuentra en el extremo contrario al mío.

-Bien, perrito –le dicen-: las demás Amas vendrán enseguida y necesitarán un lugar en el que colgar sus abrigo: tú vas a ser nuestro perchero.

Sin perder tiempo le quitan los grilletes, aunque no va a permanecer libre mucho tiempo. En cuestión de segundos le colocan un cepo metálico en el cuello y las muñecas, de forma que, puesto de pie, queda en forma de letra «T». Con rapidez le atan las piernas por las rodillas y los tobillos con dos correas de cuero negro muy apretadas. Por último, le sujetan por el cuello a una argolla de la pared, con una cadena corta.

-Más vale que no se te caiga ningún abrigo al suelo, esclavo, porque en tal caso... No quisiera estar en tu piel.

-No le quedará mucha piel si comete esa torpeza –dice Susi, y ambas Amas se ríen mientras hacen cosquillas en los sobacos –depilados con tenazas- del pobre siervo-perchero-.

La música, alegre y desenfadada, contrasta con la terrible espera. Los esclavos, en nuestra incertidumbre, escuchamos cómo nuestras Amas se ríen de nosotros mientras brindan con sus copas. Cuando Eva y Susi están a punto de preparar al siguiente esclavo, llega el Ama Anamale acompañada de un esclavo completamente desnudo, salvo por los pesados grilletos medievales que le atenazan muñecas, tobillos y cuello.

-Pasa, querida –le saluda el Ama Susi-. Llegas justo a tiempo para estrenar mi nuevo perchero.

-Está genial –contesta Anamale-. ¡Qué magnífica idea!

El esclavo encadenado ayuda a Anamale a quitarse su pesado abrigo de cuero, que coloca sobre el brazo derecho del perchero, desequilibrándole. Por suerte para él, consigue que no se le caiga al suelo.

-No te preocupes –le consuela Susi, que en realidad es muy comprensiva con el dolor de los siervos-. Enseguida te pondrán otro abrigo en el otro lado y así no te cansarás tanto.

Anamale también se ha vestido para matar... Va vestida de amazona, con curiosos contrastes. Lleva pantalones de cuero negro embutidos en unas botas blancas de cuero muy fino, ajustadas a las piernas y que le cubren por encima de la rodilla. Unas espuelas de rueda contribuyen a darle un aspecto más cruel... por si quedaba alguna duda. Luce una chaqueta de cuero muy ceñida y brillante bajo la cual asoman los guantes blancos de piel con los que sujeta amenazadoramente una fusta.

-Esto está quedando precioso... ¿Y esos? –pregunta Anamale, señalando hacia los esclavos que aún permanecemos de rodillas, encadenados, sobre el arroz-.

-Ah –responde el Ama Susi-. Eso te va a encantar: los estamos convirtiendo en muebles. ¿No te parece genial? Ninguno sabe de antemano lo que le espera. Vamos a preparar al siguiente.

El siguiente, por desgracia, no soy yo. Agarran a otro siervo y lo preparan a conciencia mientras una esclava sirve una copa a Anamale. Su esclavo, cargado de cadenas, se arrodilla en un rincón cualquiera, esperando órdenes.

-Perrito –es Ama Susi quien se dirige al siguiente de mis compañeros-, entenderás que las Amas pueden cansarse de tanto andar sobre tacones. Por eso tú vas a tener el honor de ser nuestro escabel. Apoyaremos sobre ti nuestras botas y quizá te usemos de asiento. Supongo que tampoco te importará si alguna de nosotras afila sus tacones sobre tu piel...

Todas ríen mientras quitan las esposas al esclavo para atarlo de nuevo. Su suerte no parece muy envidiable. En cuestión de minutos lo han convertido en una muestra del más clásico y elegante bondage con cuerdas. Puesto de pie le atan pies, rodillas, muslos, muñecas y codos. Los brazos quedan a la espalda. Luego le obligan a arrodillarse y le sujetan el cuello y el pecho a las cuerdas de los muslos. Ya está reducido a una posición fetal. Para mayor seguridad otra cuerda une tobillos y muñecas. Es una atadura sencilla pero muy eficaz: han convertido a un esclavo en un pequeño banco sobre el cual las Amas se entretienen clavando sus tacones y pegando pataditas para colocarlo al pie del esclavo-perchero. Como en broma, las patadas siguen el ritmo de la música y los brindis de las copas.

-Ahí queda perfecto –comenta Ama Eva-, riéndose de la humillante postura del esclavo, que aún sigue recibiendo golpes de las blancas botas de Anamale.

-Desde luego, tienes muy buen gusto –comenta ésta al Ama Susi-.

En el momento en que van a soltar de la cuerda al tercer esclavo –que tampoco soy yo-, suena de nuevo el timbre.

-Ah, son Druska y su chica. Qué puntuales.

La pareja de fetichistas del látex hace una entrada espectacular. Desde luego, da gusto verlas, e incluso las otras Amas, tan experimentadas, no pueden evitar sentir una mezcla de admiración y tal vez algo de envidia al contemplar a las recién llegadas, tan elegantes, sexys y compenetradas.

Druskalátex se quita su abrigo, que coloca sobre la cabeza del esclavo-perchero, y deja ver su espléndida figura embutida en un vestido largo de látex negro... Un momento... Incluso desde mi incómoda posición me doy cuenta de que el modelo que lleva se parece bastante al de mi Ama Eva, salvo por los tirantes. Sé que a las mujeres no les gusta que pasen este tipo de cosas. Y sé también que si hay mosqueo, lo pagaremos los esclavos... En fin, de momento parece que no pasa nada. Ambas se ríen de la casualidad, alaban su mutuo buen gusto, e incluso la propia Ama Eva hace algunos comentarios sobre el atuendo de su amiga.

-El vestido es precioso, pero esos zapatos son lo mejor. ¡Y la máscara! Estás genial.

Druskalátex calza unos zapatos clásicos, en charol negro, puntiagudos y con tacones de al menos doce centímetros, muy bien combinados con los guantes de látex negro y, sobre todo, con las medias de rejilla tipo putón que contonean sus estupendas piernas. Aunque tengo que dar la razón a mi Dueña en que la máscara de Druskalátex es sensacional. De látex, color piel, simula un rostro femenino. La atractiva fetichista completa la ilusión con una peluca morena larga y un intenso maquillaje en tonos oscuros, generando un contraste llamativo entre los labios sensuales y la mirada cruel.

Aunque, a decir verdad, la que quita el hipo es la acompañante, Druskagirl. La rubia fetichista no necesita adornos para estar guapa, pero hoy quiere llamar la atención. La pieza central de su vestuario es un corsé de látex negro con adornos y volantitos morados. Los ligeros del corsé sujetan unas medias de látex ajustadas y brillantes que le ciñen la carne de los muslos. En los pies, zapatos de tacón de aguja metálico sujetos con correas al tobillo. Los guantes de látex negro, abrigados obsesivamente, le llegan hasta los hombros. Luce un escote generoso sobre el cual deslumbra un collar postural de cuero rígido. Va enmascarada, pero su rostro embutido en látex negro brilla especialmente, enmarcado por la suave melena rubia. Su maquillaje es tan recargado y seductor como el de las otras Amas.

Este despliegue fetichista venía cubierto por un largo abrigo de piel que sólo dejaba al descubierto el rostro, las manos enguantadas y los pies. Druskagirl, con gesto divertido, cuelga el abrigo en el brazo izquierdo del esclavo-perchero (que agradece por fin que alguien le equilibre un poco). Luego la rubia fetichista, viendo a sus pies al escabel humano, apoya el zapato derecho sobre su espalda.

-Se me han manchado un poco, había algo de barro en el camino -comenta divertida, mientras se quita los pegotes de arena rasposa en la espalda del pobre siervo.

-Espera, cariño -le interpela el Ama Susi-. Este otro perro te ayudará.

El tercer esclavo, antes de ocupar su destino, tiene el honor de limpiar con la lengua los embarrados zapatos de Druskagirl. Las demás Amas, un pelín envidiosas, no dejan pasar la oportunidad, y el pobre gusano acaba con la lengua seca de tanto lamer tacones, punteras y suelas. En agradecimiento por su solicitud, las Amas le dan algunas patadas en el culo y los huevos.

-No te quejarás, perrito: has tenido premio. Y ahora, a trabajar.

El tercer esclavo va a servir como mesa baja para las bebidas. Para ello el Ama Susi ha dispuesto un potro metálico con sujeciones en el cual le atan boca abajo. Queda a cuatro patas, pero firmemente sujeto con argollas metálicas por tobillos, rodillas y muñecas. Unas correas sueldan su torso a la estructura de hierro, para garantizar su completa inmovilidad. Por último, disponen sobre su espalda, surcada esa misma mañana por numerosos latigazos, un tablero de cristal que queda fijado tanto a las ataduras del esclavo como a la estructura, para mayor seguridad.

-Es genial, cariño -comenta Anamale-. Ni un ingeniero lo habría hecho mejor...

-Ha sido idea de Eva -contesta el Ama Susi-, que es muy hábil para estas cosas.

El esclavo, de esta guisa, queda dispuesto en medio de la sala. Druskalátex y Ama Eva, que tienen la tarde juguetona, deciden incrustarle en el culo un grueso plug de látex negro.

-Ya que le hemos quitado la mordaza por si tiene que lamer botas y zapatos, que tenga su otro agujero tapado –comenta Druskalátex-.

-Es lo que se merece. Y ahora, vamos a poner una luz más adecuada... Espera...

Llaman al timbre. Es Mistress Látex, la última invitada, acompañada de un esclavo y una esclava desnudos, cubiertos de golpes de látigo, descalzos y sucios, sin más abrigo que sus mordazas de bola. Son tan sumisos que ni siquiera es necesario atarles. Mistress Látex entra en escena con un atuendo de lo más barroco, espectacular y magnífico. Lo que más llama la atención es la máscara de látex negro, con los ojos y la boca enmarcados en blanco, coronada por un penacho en la parte superior. Su aspecto es de lo más dominante. Lleva un vestido de látex negro que le cubre totalmente: falda larga muy estrecha, ajustada en la cintura con un corsé de cuero. El vestido tiene las mangas largas, cubiertas por guantes de látex negro que, como el propio traje, muestran adornos blancos: sin duda Mistress Látex se ha preocupado por ir conjuntada. Bajo el vestido asoman unas botas de cuero brillantes muy puntiagudas, con tacón de unos diez o doce centímetros de altura. Remata el conjunto con un látigo de cuero trenzado de aspecto terrorífico. Tras saludar a sus amigas, demuestra que sabe usarlo, pegando al esclavo-perchero un latigazo que resuena como una explosión.

-Tú, gusano, ¿dónde crees que voy a poner mi abrigo? –le grita.

El pobre perchero, ocupados los dos brazos y la cabeza, no sabe qué decir. Tampoco podría decir nada, puesto que está amordazado. La verdad es que debe de costarle trabajo incluso respirar, tal como le han puesto. Y además no ve nada de lo que está pasando. El Ama Susi, que se desvive por sus invitadas, soluciona el problema colgando el abrigo de látex negro en la polla tiesa del esclavo.

-¡Más vale que no se te baje! –le advierte-. Como lo dejes caer al suelo, verás la paliza que te espera.

¡Qué suerte tiene!, pienso para mí. Su posición es sin duda incómoda, pero está en contacto con esas prendas divinas, envuelto en el aroma de las Amas mezclado con los olores característicos, embriagadores, del látex y el cuero. Aunque no creo que se libere del castigo, más tarde o más temprano.

Las Amas conversan animadas mientras las camareras sirven copas aquí y allá. El esclavo de Mistress Látex es encerrado por la criada transexual en una jaula, pero la esclava queda a disposición de las Amas como alfombra. Al tumbarse boca abajo en el suelo veo que lleva un gran plug en el ano...

Llega el turno del cuarto esclavo, que se convertirá en candelabro. El proceso de creación de mobiliario pasa despacio para mí, mientras espero angustiado mi destino aún incierto. Hasta ahora me he limitado a sufrir el tormento del arroz en las rodillas. Las esposas, cruelmente apretadas, marcan mis tobillos y muñecas. No sé qué pensar. Si me han dejado para el final, es que me espera algo particularmente retorcido.

De momento, el cuarto esclavo va a pasarlo mal. Le colocan un cepo similar al del esclavo perchero, y le atan los tobillos a los muslos. Pasan una barra de hierro tras sus rodillas y lo cuelgan del techo, boca abajo. Le tapan los ojos, le colocan una enorme vela en cada mano, y las encienden. Después, le advierten de que si se le cae una sola gota de cera al suelo le darán una larga tanda de azotes. Pero si la cera llega a manchar a alguna de las invitadas...

-En ese caso, te aseguro que preferirías estar muerto, esclavito –le susurra el Ama Susi al oído.

Tengo la sensación de que el pobre esclavo-candelabro se echa a temblar. No le conviene hacer eso: las Amas pueden castigar con una gran crueldad si se lo proponen. Yo lo sé muy bien. Por su bien, más le vale estarse muy quieto.

De cara a la pared, sé que mi turno está cerca. ¿Qué habrán pensado para mí esta pandilla de torturadoras?

-A este le he reservado un papel especial –dice Ama Susi-. Será... el cenicero.

Así que era eso: de todas las posibilidades mobiliarias, me tenía que tocar la más asquerosa. Bueno, quizá haya alternativas aún más repugnantes, pero esta opción ya resulta bastante repulsiva. Al menos –pienso- se acabará el suplicio de permanecer arrodillado sobre arroz. Sin embargo, y como nos suele pasar a los esclavos, confundo mis deseos con la realidad. Y la realidad es la que imponen las Amas. Siempre.

Permanezco de rodillas, atado con cuerdas a un poste bajo colocado en el centro de la sala. Mi torso, mi abdomen y mis brazos quedan literalmente envueltos en cuerdas alrededor de la sólida pieza de madera. Me atan también las piernas y los tobillos con un cordón algo más fino, que penetra en mis pobres carnes. No hay arroz en el lugar donde me colocan: es suficiente el que se ha quedado incrustado en el látex de mi uniforme. Me espera una velada bastante incómoda.

Una vez en posición, me cambian la mordaza de bola por otra de anillo, bastante ancha, que deja mi boca completamente abierta. Luego fijan unos ganchitos en mi nariz y los atan a las cuerdas de mi espalda, muy tirantes, obligándome a levantar al máximo la cabeza. Mi boca, en esta cruel atadura, queda apuntando fijamente al techo. Soy el cenicero perfecto.

Afortunadamente sé que muchas de las Amas allí presentes no fuman... O eso creía. Nueva decepción, fruto de mi estúpido engreimiento. ¿Cuándo aprenderé que un esclavo no debe hacer previsiones de futuro ni cálculos de ningún tipo? Servir a las Amas es el único pensamiento permitido a un esclavo. Intento concentrarme en esta idea para tranquilizarme, cuando veo a Ama Susi encender un cigarrillo y echar una calada larga, sensual, viciosa. Poco a poco, todas la imitan. Al cabo de un rato la fiesta está tan llena de humo que incluso me escuecen los ojos, aunque eso es lo de menos: mi boca es un auténtico suplicio de amargura, llena hasta arriba de ceniza y colillas. Noto las quemaduras en los labios y la lengua, y eso es lo que menos molesta. Recuerdo una falta minúscula cometida días antes al servicio de Ama Susi, y comprendo que éste es mi merecido escarmiento.

Las Amas no son crueles porque sí, e incluso en los peores momentos recibo algún alivio por parte de mis Señoras que, aparte de todo, se lo están pasando bomba bailando, bebiendo, charlando y... fumando. Ama Susi me escupe de vez en cuando en la boca para calmar mi sed. Ama Eva comprueba con regularidad el estado de su cenicero, ordenando a alguna de las esclavas que vacíe mi boca cuando está demasiado llena. Noto los dedos enguantados de la esclava, sacando colillas y ceniza de mi boca, y veo cómo me mira con ojos divertidos.

Druskalátex y Druskagirl se divierten de lo lindo haciendo cosquillas en los sobacos al pobre perchero, mientras que Anamale y Mistress Látex compiten para ver quién hunde los tacones de manera más profunda en las carnes del escabel. Quizá el que sufre menos es el esclavo-candelabro, aunque desde mi posición puedo ver perfectamente cómo caen algunas gotas de cera en el suelo. Para el la fiesta empezará más tarde, cuando se apaguen las luces. Y su tortura será probablemente la peor de todas. Pero esa es otra historia.

Por lo que a mí respecta, no me salvo de recibir patadas ni comentarios jocosos sobre mi ridícula situación; pero lo peor es cuando veo a mi Dueña, Eva, encender un veguero de dimensiones colosales. Se deleita en el proceso, poniéndose cerca de mí, para que pueda ver con todo detalle la cruel jugada. Tira la cerilla aún humeante dentro de mi boca-cenicero. Por suerte, se encuentra tan llena de porquerías que no noto la quemadura.

-Te gustan los puros, ¿eh? –me dijo al oído-. No te preocupes: si sobra algo, te lo meteré por el culo. Intentaré no empezar por el lado de las brasas.

Todas las Amas se ríen de la ocurrencia. Yo, comprendiendo el esfuerzo que ponen las Amas en la educación de los esclavos, acepto de buen grado este tormento, a pesar del gusto amargo que llena mi boca, de la sed agobiante y del dolor que atenaza cada uno de mis músculos inmovilizados. Estas sesiones son las que ponen a un esclavo en su lugar. Con todo, no puedo evitar echar de menos la cómoda seguridad de mi jaula, en los fríos, oscuros y deliciosos sótanos de Ama Eva.

Sin duda las Amas han decidido esta noche empezar a fumar como carreteros. Los minutos se hacen eternos y me duele tanto el cuerpo que ya no noto ni el repugnante estado de mi boca. Mientras comienzan un concurso para ver cuál es la más experta con el látigo (el honor de recibir los golpes es para la pobre esclava-alfombra, que es rápidamente colgada del techo por las muñecas), pienso que al menos no les ha dado por apagar los cigarrillos en mi cara. Pero tiempo al tiempo: la fiesta no ha hecho más que empezar y la noche es larga.

2610

Esclavo personal de Ama Eva



www.mercadosm.com